

Universidad del Zulia

Entre Caos y Orden, Naturaleza y Cultura: los Nuevos Caminos de la Semiótica

Categoría: [Artículos en español](#)

Publicado el Lunes, 17 Septiembre 2012 19:29

Visto: 483



Entre Caos y Orden, Naturaleza y Cultura: los Nuevos Caminos de la Semiótica

Conferencia inaugural en el II Congreso Venezolano de Semiótica,
Maracaibo, Venezuela, 21 – 26 de abril, 1997.

“If we ask what it is
that semiotic studies
investigate, the answer
is, in a word, action.
The action of signs”
John Deely (1990:22)

José Enrique Finol

Laboratorio de Investigaciones Semióticas y Antropológicas (LISA)

Universidad del Zulia Facultad de Ciencias Maracaibo Venezuela Apartado 526

joseenriquefinol@cantv.net

www.joseenriquefinol.com

Telf. (58 - 261) 7428891

I. Introducción

Cuando hablamos hoy de semiótica, hablamos de acción social, de la acción que los signos cumplen, sin cesar, en la vida del hombre y de la sociedad. Estoy seguro de que lo que acabo de decir despierta en nosotros la clásica frase de Saussure, al definir a la Semiología como la ciencia que estudia “la vida de los signos en el seno de la vida social” (Saussure 1945:60). Al utilizar las expresiones “vida de los signos” y “vida social”, Saussure definió al carácter activo, dinámico, transformador del hacer semiótico en el conjunto de la vida humana. Por ello, cuando el eminente antropólogo británico Radcliffe-Brown afirmaba que “ni la estructura social ni la cultura pueden ser estudiadas científicamente separándolas una de otra” (Radcliffe-Brown 1957:106), estableció, sin él saberlo, los dos parámetros fundamentales donde se desarrolla la acción de los signos: cultura y sociedad.

John Deely, de la escuela semiótica peirceana, ha ilustrado con particular acento la concepción del signo no como un objeto estático sino, por el contrario, como un objeto de un extremo dinamismo, y, como él mismo señala, “Peirce vio que el desarrollo completo de la semiótica como un cuerpo de conocimientos con identidad propia requería de una visión dinámica de la significación como proceso” (Deely 1990:23). Para Peirce “S?µe??s?? (...) meant the action of almost any kind of sign” (Nöth 1990:42, subrayado nuestro), con lo cual, por encima de la distancia y diferencias entre los peirceanos y los saussureanos, la coincidencia es particularmente asombrosa, sobre todo si se toma en cuenta que Saussure y Peirce desconocían cada uno de los trabajos y opiniones del otro.

Es, pues, en esa perspectiva, en la que la semiosis es parte de una teoría de la acción, que es posible presentar hoy dos grandes articulaciones fundamentales de la configuración del sentido que, para identificarse a sí mismo e identificar lo otro, el hombre crea sin cesar. Esas dos grandes articulaciones son caos y orden, por un lado, y naturaleza y cultura, por el otro.

Si algo ha caracterizado en los últimos años a la semiótica como disciplina científica es la multivocidad de enfoques, la variabilidad de sus perspectivas y su irrupción en los más inesperados escenarios del hacer humano. En la historia de la Semiótica, las décadas de los sesenta y setenta se caracterizaron por un esfuerzo de sistematización y rigurosidad metodológica, por la construcción de sistemas teóricos y conceptuales que le dieran un instrumental capaz de crear bases sólidas a la investigación en esa disciplina. Ese esfuerzo, sin embargo, no era sólo de orden heurístico y conceptual, era también un intento, exitoso por cierto, de darle identidad a una ciencia demasiado “contaminada” por la cercanía y la influencia de una poderosa disciplina científica llamada Lingüística. Esto ha sido particularmente válido en la semiótica de origen europeo, donde es posible señalar tres de los más grandes esfuerzos de sistematización teórica y conceptual y que hoy representan escuelas de larga data y trayectoria. Me refiero a los aportes de Algirdas Julien Greimas, representante máximo de lo que podríamos llamar la Escuela Semiótica Francesa; Humberto Eco, representante de lo que, de modo general, se podría llamar la Escuela Semiótica Italiana; y Juri Lotman, de la Escuela Semiótica Rusa. Los libros “Semiótica. Diccionario razonado de la Teoría del Lenguaje” (1979), de Greimas, “La Estructura Ausente” (1968), de Eco, a la cual siguió su “Trattato di Semiótica Generale” (1975), y los múltiples artículos de Lotman, son tres capítulos determinantes en la joven historia de nuestra disciplina. En el ámbito norteamericano, la Semiótica es inseparable del nombre de Charles Sanders Peirce, matemático y lógico de extensísima obra, aún no totalmente estudiada y mucho menos comprendida, que creó una nueva manera de ver la filosofía del lenguaje y que echó las bases de una teoría, lamentablemente, o tal vez afortunadamente, muy escasa de una metodología de aplicación.

En las décadas de los ochenta y noventa, tal vez como una reacción al extremo rigorismo conceptual y metodológico, notable particularmente en la escuela greimasiana, a menudo tan imbuida del espíritu cartesiano, las investigaciones semióticas se han abierto en dos direcciones. Por un lado, la apertura metodológica, al adoptar perspectivas más antropológicas y menos lingüísticas, y, por el otro, a la pluralidad de temas y escenarios culturales de distinto orden y naturaleza.

Pasado el boom de los años sesenta y setenta, la Semiótica se ha reencontrado consigo misma, se ha convertido en una disciplina madura, presente en distintos escenarios universitarios –en los estudios de comunicación social, en los de arquitectura y antropología, en los de sociología y arte, en los de literatura y marketing, en los de educación y filosofía, - en síntesis, en todas aquellas áreas donde la significación y la comunicación son los procesos fundamentales de la cultura. Ella ha contribuido enormemente a conocer no sólo qué significa la cultura, qué contenidos, explícitos e implícitos, vehiculan los mensajes, sean éstos públicos o privados, visuales o auditivos o ambos simultáneamente, sino también cómo tales significados se constituyen, cómo se articulan. No se trata sólo de qué dice sino también del cómo lo dice, en qué estructuras se apoya el texto o el gesto, el objeto o el comportamiento, en qué estructuras y procesos, finalmente, se fundamenta la cultura humana.

II. La acción de los signos: entre caos y orden

He tomado el título de este texto del tema del III Congreso Internacional Latinoamericano de Semiótica, realizado en Sao Paulo, Brasil, del 31 de Agosto al 3 de Septiembre de 1996, y del tema de VI Congreso de la Asociación Internacional de Semiótica, que se realizó en Guadalajara, México, del 13 al 18 de Julio de 1997. Esos temas son por definición extremos, extremos que tratan de circunscribir algunos de los elementos fundamentales de la cultura humana, entendida como intento no sólo de expresar el mundo sino también de comprenderlo. Se trata de categorías conceptuales que casi en forma universal el hombre ha desarrollado en su intento por comprender qué es el mundo y cómo éste funciona. Son temas, también, que intentan indicar, por un lado, los límites de la semiosis, encuentro entre significante y significado, entre forma y contenido, y, por el otro, intentan marcar los caminos de la semiótica y de su propia naturaleza.

La naturaleza específica de los procesos semióticos –los procesos de significación y comunicación - subyace en su capacidad para darnos información, conocimiento o saber sobre el mundo, sea éste interior o exterior, natural o artificial, humano o divino, visible o invisible. Pero más allá aún, la naturaleza de su funcionamiento radica en su plurivocidad, en su enorme capacidad para construir formas infinitas de creación del sentido. No es exagerado decir

que el proceso básico, primario, del funcionamiento de la cultura reside en la semiosis, pues es allí donde se origina el sentido que la sociedad o el grupo dan a una palabra, un objeto o un comportamiento. La cultura es un sistema que funciona a través de signos aunque no sea sólo signos. Esos signos —una palabra, un movimiento, un color, un objeto, un verso, una nota musical—son los que hacen la literatura, el mito y el ritual, la pintura y el espacio, la poesía y la música, y éstos, a su vez, hacen la cultura con todo lo que, además, ella tiene de valores, costumbres, normas, etc. La semiosis, encuentro plurívoco entre significante y significado, creación del sentido que se origina en el encuentro entre el signo y su contexto, emerge y configura los procesos de comunicación de la vida diaria y cotidiana.

La naturaleza específica de la semiótica como disciplina científica es la de construir apropiaciones nunca acabadas del sentido del mundo. Para intentar hacer una descripción de ese proceso en permanente cambio que es la significación, la Semiótica debe crear su propio lenguaje, un lenguaje siempre vicario pues está destinado a describir y sistematizar a otros lenguajes que son, por naturaleza, plurívocos. Preso en la trampa de las múltiples semiosis que intentan también atrapar al metalenguaje semiótico, la disciplina debe someterse, sin cesar, a la prueba de su propia eficacia comunicativa, a la confrontación de sus modelos con la realidad que éstos intentan representar. En esa dialéctica eterna entre las múltiples semiosis, los infinitos modos de significar y comunicar, y los intentos de comprensión y sistematización de tales formas de significar, se establece una relación similar a la dialéctica entre el caos y el orden, entendidos como términos que no son absolutos: no hay caos absolutos ni orden definitivo, lo propio de los fenómenos culturales es el cambio, la transformación.

Cuando, por ejemplo, la sociedad crea un subsistema funerario dentro del macrosistema cultural, está tratando de construir una respuesta al caos que la muerte introduce en la vida social y cultural. Como proceso que interrumpe tanto la vida individual como la vida familiar, la muerte introduce el caos en un orden social y cultural preestablecido. “A través de los diversos ritos que componen el extenso repertorio del ritual funerario, por ejemplo, es posible construir el tránsito entre un orden y un desorden, entre un conjunto de relaciones establecidas y un conjunto de relaciones rotas” (Finol y Fernández 1996). Así, un sistema semiótico complejo, como es el subsistema funerario, actúa como un “ordenador” del caos, como un esfuerzo de recuperar el orden social y cultural previamente establecido, orden que, a su vez, es por naturaleza móvil y cuya definición misma es el cambio, pero que es, al mismo tiempo, capaz de dar continuidad e identidad diacrónicamente al sistema cultural.

III. La acción de los signos: de la naturaleza a la cultura

La polaridad conceptual del paradigma que se expresa en los términos naturaleza/cultura, a menudo presentados como oposición irreducible, en realidad no existe. En efecto, este paradigma puede ser interpretado a.) como una clasificación del mundo que colocaría de un lado los fenómenos naturales y del otro los fenómenos culturales, b.) como la base de clasificación de las ciencias, c.) como el límite entre lo humano y lo no humano, d.) como un modelo interpretativo de la realidad, en la cual, para mejor comprenderla, es necesario establecer límites de orden heurístico y conceptual. En el fondo de esta última concepción, eminentemente semiótica, percibimos que, en cuanto modelo, la pareja conceptual naturaleza/cultura es eminentemente cultural y que aún el primer polo constituye un constructo cultural. Se trata, en el fondo, de una manera de apropiación de la naturaleza como un fenómeno también cultural. Es en ese sentido en el que los teóricos de la cultura hablan de una semiótica del mundo natural porque éste, finalmente, es también un sistema dotado de sentido: aquel que le otorga una determinada sociedad, en un contexto específico y en una progresión diacrónica particular. De este modo, en el modelo interpretativo que Lévi-Strauss desarrolló de manera particularmente aguda, los fenómenos del mundo natural, o, mejor, los signos del mundo natural sufren una apropiación cultural que irremediablemente los fecunda de sentido.

Cuando Lévi-Strauss afirma que “existe un isomorfismo entre la oposición de la naturaleza y de la cultura, y entre la de la cantidad continua y la cantidad discreta” (Lévi-Strauss 1964:36), no indica otra cosa sino que el hombre, a través de la acción de los signos, introduce discontinuidades en el mundo natural entendido como continuum hasta entonces no interpretado. En cierto modo, pues, la transformación del mundo en una totalidad discreta, segmentable, requisito indispensable en la economía de la percepción, es el producto de la acción de los signos, acción que hace posible una introducción del orden y, en consecuencia, el origen de la cultura. El mito del

génesis ilustra de manera excepcional el paso del caos al orden, de la naturaleza a la cultura, cuando expresa:

“Dijo Dios: “Haya Luz” y hubo luz. Dios vio que la luz era buena y la separó de las tinieblas. Dios llamó a la luz “Día” y a las tinieblas “Noche”. Y atardeció y amaneció el día Primero.

Dijo dios: ‘Haya un firmamento en medio de las aguas y que separe a unas aguas de otras’. Hizo Dios entonces el firmamento separando a unas aguas de otras, las que estaban encima del firmamento, de las que estaban debajo de él. Y llamó Dios al firmamento cielo. Y así sucedió. Y atardeció y amaneció el día segundo.

Dijo Dios: “Júntense las aguas de debajo de los cielos en un solo lugar y aparezca el suelo seco.” Y así fue.

Dios llamó al suelo seco “Tierra” y a la masa de agua “Mares”. (Génesis, v. 3-10)

En estos breves versículos del mito más famoso de la historia humana pueden observarse las dos operaciones fundamentales de la creación y del establecimiento del orden de los humanos. Por un lado, Dios crea unidades discretas donde todo es caos y confusión, establece los límites donde éstos no existen. Dios aparece como un actor capaz de romper el continuum y la indeterminación del caos y de introducir diferencias, las cuales, a su vez, permiten construir un orden. Esta operación constituye, ni más ni menos, que la creación en sí misma, pues anterior a ella existe todo pero no existe nada. En segundo lugar, Dios realiza la primera de las acciones semióticas por excelencia: nombra, da una denominación a esas diferencias, en consecuencia les da una identificación, ergo, distingue, establece alteridad, la existencia de otro opuesto, distinto. Por ello el actor se detiene a denominar y por lo tanto a diferenciar entre “Día” y “Noche”, entre “Tierra” y “Mares”, entre “Cielo” y “Tierra”, entre “amanecer” y “atardecer”.

De modo pues, que, tal como el mito del génesis ilustra de manera particularmente precisa, en medio del tránsito entre naturaleza y cultura y entre caos y orden no hay sino operaciones semiótica. No se trata de un simple nominalismo genético, sino de una acción del signo, de una semiosis como operación que funda sin cesar la estructura cultural, la cual, a su vez, funda el mundo humano. Como apunta Lotman, “cada cultura comienza por dividir el mundo entre “su propio” espacio interno y el espacio “de ellos” (Lotman 1990:131). A lo que luego agrega: “Los más dinámicos focos de los procesos semióticos son los límites de la semiósfera. La noción de límite es ambivalente: separa tanto como une” (Lotman 1990:136).

Hace un poco más de trescientos años el filósofo inglés John Locke propuso una división de las ciencias en tres grandes ramas, Filosofía Natural, para el “descubrimiento de la verdad”, Ética, para “el alcance de sus propios fines” (los del hombre), y Semiótica, “Doctrina de los Signos”, a la cual le atribuyó el rol de considerar la Naturaleza de los Signos, de los cuales la mente hace uso para el entendimiento de las cosas o para transmitir su conocimiento a otros” (Cf. Delhi et. Al. 1986:3, subrayado nuestro). Allí Locke afirmaba que tanto en la Filosofía Natural como en la Ética los signos eran necesarios, en un caso para el entendimiento y en otro para la comunicación del saber. De modo que aún desde entonces, la acción semiótica interviene por igual tanto en el conocimiento, como ordenación y sistematización del saber, como en la constitución de la cultura vista, como afirma Eco, sub specie communicationis.

IV. Los nuevos caminos...

Para una disciplina de origen antiguo pero de joven constitución, la base de su expansión no puede ser sólo la de los lenguajes tradicionales. Creo que la cambiante sociedad ofrece a la pesquisa semiótica una pluralidad enorme de signos y símbolos, de textos y acciones, en los cuales se expresa y se refleja, y desde donde se hace y se transforma, la vida social y cultural del mundo contemporáneo. La pesquisa semiótica, por otra parte, debe ayudarnos a acercarnos al hombre para mejor comprenderlo. De diversos modos, en esos procesos sýgnicos el hombre se expresa y es expresado. El análisis de esas expresiones y su interpretación a la luz del sistema social y de la cultura , para utilizar los términos de Alfred Kroeber y Talcott Parsons, nos permitirá tener una visión más

específica y al mismo tiempo más global de la visión del mundo y de esos sistemas, social y cultural.

Queda por hacer un inventario de los sistemas populares de creencias, por ejemplo, que dicen sobre nuestras sociedades mucho más de lo que otros textos de mayor prestigio social y mayor status institucional. El análisis de esos subsistemas culturales, que permean de manera constante comportamientos que, a primera vista, nos lucen ininteligibles, nos conducirá a una mejor comprensión de la sociedad, de sus angustias y temores, de sus actitudes y conductas, así como de los diversos modos que el imaginario colectivo desarrolla para enfrentar las necesidades y vicisitudes de la vida cotidiana.

Queda por inventariar y analizar las nuevas formas de comunicación, desde los signos del ciberespacio hasta el nuevo graffiti, expresión llena de vida que nos dice más sobre la juventud contemporánea que cientos de estudios sociológicos o psicológicos con los que a menudo se nos pinta a una juventud aparentemente carente de vivencias y pensamientos profundos. El graffiti en los muros, e las páginas de los periódicos o complementé en los ventanales de los buses son escenarios para una expresión que aún no comprendemos porque la hemos menospreciado.

Queda por inventariar y analizar los espacios de la cotidianidad y los espacios de la vida pública, cargados de la significación que es el hombre mismo.

Queda, en fin, el hombre, protagonista principal de la red de los signos y, como señala Peirce, signo él mismo, sintaxis, semántica y pragmática de todos los mensajes emitidos o por emitir, semiosis viva de los tiempos pasados y de los tiempos por venir.

Referencias Citadas

- Deely, John (1990) Basics of Semiotics. Bloomington: Indiana University Press.
- Deely, John et al. (1986) Frontiers in Semiotics. Bloomington: Indiana University Press.
- Eco, Umberto (1986) La Struttura Assente. Milano: Bompiani
- -----(1975) Trattato di Semiótica Generale. Milano: Bompiani.
- Finol, J. E. y Fernández K. (1996) El Ritual Funerario: una Construcción Semiótica del Orden. Ponencia presentada en el III Congreso Internacional Latinoamericano de Semiótica, Sao Paulo, 31-08 al 03-09-96.
- Greimas, A. J. (1979) Sémiotique. Dictionnaire Raisonné de la Théorie du Langage. París: Hachette.
- Lévi-Strauss, Claude. (1964) Mythologiques. Le Cru et el Cuit. París: Plon.
- Lotman, Yuri M. (1990) Universe of the Mind. Bloomington: Indiana University Press.
- Nöth, Winfried (1990[1986]) Handbook of Semiotics. Bloomington: Indiana University Press.
- Radcliffe-Brown, Alfred R. (1957) A Natural Science of Society. Glencoe: Free Press.
- Sebeok, Thomas (1986) "The Doctrine of Sign" in Frontiers in Semiotics (Deely et al. Edit.) Bloomington: Indiana University Press.

Universidad del Zulia. Derechos reservados. Maracaibo, Venezuela.